

Seminario Internacional

LAS MUJERES Y EL PODER:

UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO Y DESARROLLO

Realizado en SUR, Santiago de Chile, 21-23 de abril 1993

Esta sección incluye algunas de las ponencias presentadas en el Seminario *Las mujeres y el poder: una perspectiva de género y desarrollo*. Este seminario fue organizado y auspiciado por: el Centro de Capacitación y Desarrollo del Capítulo Latinoamericano de la Unión Internacional de Autoridades y Poderes Locales, IULA-CELCADEL; SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación; el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO; El Canelo de Nos, Corporación para la Educación y el Desarrollo Local; la Oficina Regional de Vivienda y Desarrollo Urbano para Sur América de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internaciona RHUDOSA/AID.

DEL PRESTIGIO A LA GESTIÓN: PODER Y LIDERAZGO EN LAS MUJERES DEL CAMPO

Ximena Valdés S.

Centro de Estudios de la Mujer, CEDEM

Debemos hilar fino para descubrir cómo las mujeres ejercieron y pueden hoy día ejercer poder y desarrollar liderazgo en el medio rural.

Hasta no hace más de tres décadas, lo que caracterizó la vida campesina fue, por un lado, el peso de la cultura patriarcal propia de las sociedades campesinas y, por otro, un fuerte dominio de las estructuras de poder hacendales. Estas formas de dominación se mantuvieron además por largos siglos, puesto que sólo con la reforma agraria de los sesenta se inició la democratización de la sociedad rural. De allí en adelante, las características de la sociedad tradicional comenzaron a cambiar.¹ Fue entonces, en la década del sesenta, cuando el campesinado pudo concebir la existencia del Estado, en términos de políticas más específicas dirigidas a esta parte de la población.²

Si esto ocurrió en el pasado para el conjunto del campesinado, en la actualidad las mujeres campesinas enfrentan otros obstáculos. Uno de ellos es formar parte de un sector social que para la sociedad chilena no tiene gran significación. Para nuestra sociedad, cuya identidad actual se asienta en la modernidad, lo rural es algo tan distante como lo era para un connotado surrealista galo: "un lugar donde los pollos se pasean crudos". Más que un chiste, esto encierra una visión del campo muy urbana, que se reforzó enormemente al instalarse en nuestro país el discurso de la modernidad.

En este contexto, ser campesino, ser indio y serlo en femenino, no es más que haberse quedado en un reducto arcaico de una sociedad de cara al futuro.

Una vez puestos sobre la mesa estos elementos, intentaré periodizar los rasgos que, a mi modo de ver, caracterizan un tema tan amplio como es el liderazgo y el ejercicio del poder en las mujeres de los sectores populares rurales. Tal periodización está dirigida a visualizar los cambios que se han dado en el ejercicio del poder y en el desarrollo del liderazgo. Estos, como otros aspectos de la vida de las mujeres, tienen historicidad.

En primer lugar, no es aventurado afirmar que las mujeres han ido perdiendo cierto tipo de poder, que han debido resignificarlo luego de los cambios habidos en la sociedad, en el Estado y en los modelos de desarrollo.

En segundo lugar, me parece interesante dilucidar dos aspectos: de qué poder estamos hablando y cuáles son las formas y los contenidos de los liderazgos femeninos requeridos para ejercer el poder.

Al parecer, los atributos y los contenidos que tuvo el ejercicio del poder ayer no son los mismos atributos y contenidos actuales. En consecuencia, los liderazgos femeninos parecen no ser estáticos, sino estar sujetos a la lógica de un mundo cambiante.

Respecto a los significados de estos temas en las mujeres campesinas, ellas no se plantean la cuestión del poder desligada de cosas tan prácticas como resolver problemas, satisfacer necesidades y tener acceso a recursos materiales, culturales o simbólicos. Así, por ejemplo, en el período de las grandes haciendas, que se prolongó hasta más o menos los años cincuenta, el poder estuvo en manos de los

¹. Nuestra sociedad es heredera de un sistema de dominación --inquilinaje y hacienda-- que fue modelando por más de dos siglos a nuestra sociedad. Aun cuando la hacienda se localizó en la zona central del país, en términos de su peso en el modo de ser chileno y en el funcionamiento de otras instituciones, este "legado hacendal", compromete al conjunto de la sociedad.

². Aunque la policía, las escuelas y el sistema de salud son anteriores, en general hasta la década del treinta fue el sistema de hacienda el que reguló la vida campesina. Con la reforma agraria y la legislación sobre sindicalización campesina, el campesinado empezó a constituir un sector social para el cual se legisla en términos de organización y acceso a tierras.

hacendados; y en una situación con tales y tan fuertes relaciones de dominación, las mujeres crearon estrategias que iban desde utilizar las capacidades dadas en la comunidad, hasta vincularse con los agentes extra-hacendales que podían permitirles resolver algún problema (parientes migrantes, curas, profesores, comerciantes, entre otros).

¿En dónde radicaba el ejercicio del poder de las mujeres en ese entonces?

En poner en acción mecanismos y dispositivos que les eran próximos y familiares para lograr algún objetivo. Un ejemplo de esto es poner en acción las redes de parentesco y compadrazgo que funcionaron como relaciones políticas. Tales redes constituyen espacios de relaciones de poder y el poder de las mujeres justamente estaba dado por la capacidad de movilizar esas redes para quitar el bulto al peso que, en estas circunstancias, ejercía la dominación masculina, campesina y hacendal.

Si bien estamos hablando de una situación caracterizada por la concentración del poder en manos de los hacendados y en los cabezas de familia campesinos, y de cómo las mujeres que carecían de poder para vivir bajo tales relaciones de dominación acudieron a sus relaciones más próximas para lograr algunas cosas, también ellas se ampararon en ciertos espacios de poder en la comunidad local. Tal es el caso de lo que atañe la vida y la muerte, el tratamiento de enfermedades y la atención de partos. Este poder estuvo enraizado en algunos ámbitos de la cultura, en la experiencia, en el saber empírico, y esto permitió que aún en sociedades tan patriarcales como la campesina existieran ámbitos de poder femenino.³

A diferencia de lo que ocurría en la sociedad rural, hoy día el ejercicio del poder de las mujeres no radica en el saber empírico, sino más bien en otros atributos. Al parecer, una condición necesaria para ejercer poder es contar con capacidad de gestión, lo que supone tener acceso a la información, o contar con algún agente que transfiera información.

En términos ilustrativos, podríamos sugerir que una mujer o una organización de mujeres que no sabe cómo se movilizan los recursos del Fondo de Solidaridad e Inversión Social, Fosis, no puede aspirar a éstos, ya que en general, "invertir con la gente", como lo expresa el Fosis, implica para el beneficiario la capacidad de insertarse en un dispositivo estructurado en el nuevo paradigma del desarrollo.⁴ De igual modo, para un sujeto indigente o pobre, una condición necesaria para paliar esa condición de pobreza o indigencia es el conocimiento acerca de los subsidios derivados de algunas características específicas de su condición (pobre de más de 65 años, pobre jefa de hogar, niño pobre calificado para tener acceso a guarderías o a raciones alimenticias, etc.).

En el primer caso de ejercicio de poder, las mujeres no desarrollaron lo que podríamos llamar liderazgo: quienes tuvieron un papel en la sociedad rural eran portadoras de un prestigio asociado al desempeño, por ejemplo, del oficio de partera, meica o machi. El sustrato sobre el cual descansó ese prestigio no dependía de un conocimiento sobre el modo de funcionamiento estatal, sino estuvo asociado al conocimiento empírico basado en la experiencia; tal prestigio fue útil para ejercer ciertos oficios en la comunidad rural.

En la actualidad, frente a un entramado estatal y de políticas públicas y sociales tan complejo, las posibilidades de desarrollo de liderazgo femenino parecen estar dadas por el acceso a la información y la capacidad de gestión, de modo tal que si las mujeres o las organizaciones de mujeres no cuentan con información para gestionar recursos, no tienen poder para insertarse en la lógica del Estado subsidiario y el modelo neoliberal.

Por otra parte, respecto al ámbito organizacional que necesariamente está ligado al desarrollo de liderazgo, el problema hoy día es repreguntarse para qué sirven las organizaciones o cuál es su nuevo

³. Cfr. Ivonne Verdier, *Façons de dire, façons de faire* (Paris: Editions Gallimard, 1979); Yvonne Knibielher et al., *Histoire des mères* (Paris: Editions Montalba, 1977).

⁴. Es precisamente esta realidad lo que ha llevado al Fosis a desarrollar un Programa de Información Social, cuyo propósito es difundir información acerca de los programas y beneficios sociales del Estado que tienen alcance nacional, los trámites requeridos y las formas de acceso a ellos. Para tal efecto, se entrega la *Guía de Información sobre Programas y Beneficios Sociales* a todas las Juntas de Vecinos del país, con el compromiso de éstas de dar tal información a la comunidad en sedes de atención al público.

rol, considerando que las posibilidades de desarrollar una acción dirigida a la constitución de ciudadanía plena o simplemente a ejercer demandas mínimas están bastante constreñidas.

Con estos ejemplos quiero señalar que las mujeres se enfrentan a un mundo cambiante y que los modelos de desarrollo inciden enormemente en las formas organizativas; y que estos contextos cambiantes determinan formas de liderazgo particulares y, a la vez, cambios en los ámbitos dentro de los cuales las mujeres tienen que negociar.

Dicho esto, centraré mi exposición en una propuesta de periodización acerca de las características dominantes que ha tenido para las mujeres rurales la cuestión del ejercicio del poder.

PRESTIGIO Y PODER EN LA COMUNIDAD RURAL

Hasta los años cincuenta, las mujeres campesinas tenían puesta la mirada en ciertas figuras femeninas que detentaban prestigio y poder a nivel de la comunidad rural. Prestigio y poder estaban anclados en mujeres cuyo papel estaba relacionado al saber empírico para el tratamiento de las enfermedades y partos. La meica, la machi y la comadrona o partera eran aquellas cuyo prestigio las hizo objeto de los requerimientos de atención por parte del resto de las mujeres campesinas e indígenas.

Si bien éstas son relaciones de las mujeres con la vida, no escapó al ámbito de lo femenino la relación con la muerte. Los velatorios de niños, así como el papel de las mujeres en los entierros, dejaron en las sociedades tradicionales un importante espacio a las mujeres. Por otra parte, las funciones shamánicas, en el caso de las machis, vinculan a los seres humanos con la divinidad.

Estos espacios fueron, y aún siguen siéndolo en algunos lugares del país, espacios de mujeres.

Mediando el siglo, y formalmente cuando se creó el Servicio Nacional de Salud, las mujeres comenzaron a ser perseguidas, acusadas, interdictas y reemplazadas por la institución médica y hospitalaria.

Los resultados de tal proceso, en que el Estado creó los dispositivos y el aparato institucional para hacerse cargo de la enfermedad y del parto, fueron la disminución de la mortalidad materna e infantil, y también la expropiación de los saberes femeninos en la sociedad rural.⁵ Así, el poder de las mujeres en el ámbito local fue reemplazado por la aparición de instituciones estatales, por la medicalización del parto, por la aparición de postas y hospitales, por la emergencia de especialistas.

El poder detentado por las mujeres, asociado a su prestigio e inserto en las tradiciones y culturas locales, fue reemplazado por políticas públicas que desdibujan los atributos de los contextos locales y comunitarios.

TODAS ÍBAMOS A SER SOCIAS

Hacia fines de la década del veinte aparecieron los primeros sindicatos campesinos. Las organizaciones sociales de clase, sin embargo, debieron esperar hasta los años de la reforma agraria para institucionalizar sus reivindicaciones, dado que el campesinado fue sacrificado al desarrollo industrial del país, pos-crisis del treinta.

Podríamos decir que en la época de emergencia del sindicalismo campesino (1921-1964), las mujeres en general no fueron objeto de preocupación sino en función de la lucha general del campesinado y de los intereses de clase. En los sesenta, mediante la reforma agraria, el Estado no sólo creó las herramientas e instrumentos legales para responder a la vieja consigna campesina "la tierra para quien la trabaja", sino también otros dispositivos institucionales para urbanizar la gestión del hogar y las relaciones familiares, y dar otro sentido a las vidas de las mujeres insertas en un proceso de cambio de la tenencia de la tierra y estructura agraria. De este modo aparecieron los Centros de Madres, sucesores

⁵. Véase Ximena Valdés y Paulina Matta, *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire* (Santiago: CEM/Pehuén, 1986).

de las enseñanzas filantrópicas de las mujeres de los dueños de haciendas, esposas de presidentes o, más en general, de mujeres ocupadas de la cuestión social.⁶

En comparación con las preocupaciones de la Iglesia de comienzos de siglo, cuyo afán fue moralizar y educar a inquilinos y las clases peligrosas --el peonaje rural--, dado su estado de amancebamiento, libertinaje, alcoholismo, los Centros de Madres, CEMA, surgieron con el objetivo de mejorar la condición de madre.⁷ Esta política se tuvo lugar en un momento en que, estructuralmente, ya la sociedad rural venía transformándose de tal modo que las trabajadoras, las mujeres asalariadas, las jornaleras agrícolas, ordeñadoras y cocineras, no hacían sino disminuir.⁸

Si bien en este período algunas mujeres desplegaron iniciativas para insertarse en los marcos institucionales creados con la reforma agraria, como por ejemplo las cooperativas campesinas, en general estuvieron relegadas en los Comités de Bienestar y excluidas del mundo sindical.⁹ En la época de mayor movilización en el campo, como lo fue el año 1972, la membrecía sindical femenina llegó apenas a cerca de 10 por ciento del total de inscritos en sindicatos.¹⁰

En suma, en el período de la reforma, el Estado generalizó un modelo de mujer centrado en la figura de la ama de casa que se reúne en espacios encapsulados, dedicados a los quehaceres del hogar.¹¹ Esto posibilitó el desarrollo de una nueva sociabilidad entre mujeres, mientras se entregaban elementos para que las mujeres del campo replicaran el modelo urbano de ama de casa.

Esta y otras políticas estatales, de carácter nacional, no se compadecen de las diferencias regionales, culturales, étnicas, laborales. Son políticas que buscan homogeneidad: todas las mujeres tejen, todas aprenden manualidades, todas son socias. En este marco, se creó un patrón organizacional entre las mujeres rurales.¹² Emergió con ello un sistema de representación de los grupos locales de mujeres con los roles de La Presidenta, La Secretaria, La Tesorera, y un manejo del conjunto de las socias en el despliegue de habilidades manuales.

Este patrón organizacional no tuvo nunca un carácter reivindicativo, ni frente al Estado ni frente al sector patronal ni frente al segmento masculino. Las mujeres se vieron enfrentadas a las señoras o señoritas, esposas de Presidentes de la República, y más tarde a "voluntarias", frente a las cuales hubo que desarrollar una cierta estrategia para la demanda de cursos, rebaja de telas, mayor acceso a máquinas de coser, o cualesquiera de los mecanismos y dispositivos de domesticación gatillados en las mujeres por esta política estatal, vale decir, la de hacer más eficientes a las amas de casa para desempeñarse en las labores del hogar.

ENTRE EL DISCIPLINAMIENTO Y LA AUTONOMÍA

El golpe de Estado y el fin del Estado benefactor, si bien no transgredió la lógica de la domesticación de las mujeres, intentó hacer pagar a las propias mujeres este proceso de subsidiariedad, de tal modo que los cursos, de ser gratuitos, se transformaron en pagados. Aparte esta contribución de las mujeres a la

⁶ Cfr. Ximena Valdés et al., "Haciendo memoria", en *Sinopsis de una realidad oculta* (Santiago: Ediciones CEM, 1987), pp. 13-20; y en el mismo libro, "Los procesos de incorporación y exclusión de las mujeres del mercado de trabajo agrícola", pp. 36, 37 y 38.

⁷ Véase Verónica Oxman, "Los Centros de Madres rurales", *Documento de Trabajo*, GIA (Santiago, 1982).

⁸ Ximena Valdés, "La feminización del mercado de trabajo agrícola en Chile Central", en *Mundo de Mujer: Continuidad y cambio* (Santiago: Ediciones CEM, 1988).

⁹ Cfr. Patricia Garret, "La reforma agraria, organización popular y participación de la mujer en Chile, 1964-1973", en *Las trabajadoras del agro* (Bogotá: ACEP, 1985).

¹⁰ Véase Ximena Valdés, "Los desafíos de la democratización. Movimiento social, educación popular y género: una conjunción necesaria", en *Mujer, trabajo y medio ambiente* (Santiago: Ediciones CEDEM, 1992), pp. 155-205.

¹¹ En los años del gobierno de Eduardo Frei, 1964-1970, llegó al campo la revolución de las máquinas de coser. En el período se entregaron más de diez mil. Véase Oxman (1982).

¹² Cfr. Oxman (1982).

subsidiariedad del Estado, se creó una situación propicia al disciplinamiento de las mujeres en el marco de la dictadura.¹³

Durante los años de gobierno militar, las mujeres rurales no abandonaron los CEMA y continuaron desempeñándose como Presidentas, Secretarías, Tesoreras y socias en general, en el marco de un discurso ideológico que sacralizó el rol materno. Las palabras del Capitán General son ilustrativas al respecto: "... la mujer, llegando a madre, no tiene nada más que esperar en el dominio material ... encuentra en su hijo el sentido de su vida, su único tesoro y el final de sus sueños. ..."¹⁴

Frente a mujeres uniformadas de diversos colores, no se transgredió finalmente el primer sentido de los Centros de Madres: otorgar un espacio de reunión y aprendizaje en manualidades a las mujeres de los sectores populares.

No obstante la perdurabilidad y el reacomodo de los Centros de Madres, un encabalgamiento entre lógicas estatales y lógicas autónomas se produjo durante la dictadura, de manera tal que las mujeres, inscritas o no en los CEMA, desplegaron un sinnúmero de estrategias para enfrentar la crisis económica, social y política, que a nivel local tuvo diversas implicancias. Las lógicas patriarcales de la familia rural comenzaron a desvanecerse, los hombres perdieron el trabajo o los contactos con el mundo exterior, los sindicatos y cooperativas fueron desmantelados, los partidos políticos desaparecieron y las mujeres comenzaron a recurrir a un conjunto de estrategias de vida amparadas en los espacios vecinales, de parentesco, parroquiales: vale decir, lo próximo y conocido.

El parar la olla, la asunción del discurso de una Iglesia que en esos momentos reivindicaba los derechos humanos, la búsqueda de recursos materiales, culturales y simbólicos, conformaron un escenario propicio al desarrollo de iniciativas femeninas. El período es testigo del surgimiento de un sinnúmero de organizaciones de mujeres con una multiplicidad de objetivos: derechos humanos, fines subsistenciales, espacios de convivencia, etc. Se trata de un escenario en que la lógica, si no fue contra el Estado, parece haber sido "en vez" del Estado, y tal vez haya sido éste el momento de mayor despliegue de iniciativas femeninas colectivas para resolver aislamiento, miedo, hambre, búsqueda de dignidad.

Fue necesario que desaparecieran otras instituciones para que este fenómeno emergiera, o bien que ámbitos políticos y de Iglesia subordinaran sus intereses a las necesidades que imponía el momento: reconstruir el tejido social, luchar contra la atomización, crear espacios para los derechos a la vida, etc.

En ese momento, surgió un sindicalismo con cara de mujer y los Departamentos Femeninos de las Confederaciones Sindicales conquistaron el espacio que permitió, en 1986, la realización del Primer Encuentro de la Mujer Rural, en cuyo desarrollo se observa la influencia del movimiento urbano de mujeres.¹⁵

Esto no duró mucho tiempo, ya que en 1989, cuando partidos y sindicatos comenzaron a negociar y a priorizar demandas en el marco de la Alianza de la Concertación por la Democracia, la cuestión femenina pasó a un segundo plano. La época de oro del liderazgo ejercido por los Departamentos Femeninos por el momento había llegado a su fin.¹⁶

¹³. "El CEMA desde entonces reacomodó sus antiguos ropajes: control social e ideológico de la población femenina, selección de artesanas y alteración de los mecanismos de comercialización establecidos. Sin modificar la concepción de la mujer dueña de casa, se torna más excluyente en lo social (las socias pagan los cursos y ya no se otorgan créditos blandos); en el plano comercial, las socias deben viajar a Santiago a vender sus productos y la institución expande su radio de acción llegando hasta el control y la alteración de la producción tradicional de las minorías étnicas aymara. Así también se torna en una base de apoyo del régimen, en tanto las acciones asistenciales se otorgan contra el apoyo femenino. Todo esto a través del 'voluntariado femenino' constituido, por lo general, por las mujeres 'de' los funcionarios de Estado". En Valdés et al., *Sinopsis de una realidad* . . . , p. 19.

¹⁴. A. Pinochet, citado en Carmen Aguayo G., *Des chiliennes* (Paris: Ed. des Femmes, 1982).

¹⁵. Ximena Valdés, "Los desafíos de la democratización . . .", pp. 166-167.

¹⁶. Véase "Proyecto democrático para el desarrollo rural del movimiento campesino chileno", Comisión Nacional Campesina, CNC (Santiago, agosto 1989).

LA EMERGENCIA DEL LIDERAZGO FUNCIONAL O DE GESTIÓN

Para lo que nos interesa, la llegada del gobierno democrático significó una serie de remozamientos en el funcionamiento del sector público. A gruesos rasgos, las grandes políticas continuaron decidiéndose en el Ministerio de Hacienda, las políticas sectoriales en las carteras correspondientes, con una gran continuidad en lo que concierne a los ministerios ligadas a la producción, y comenzaron a reorientarse las políticas y los presupuestos del frente social: educación, salud, trabajo. En lo que concierne a grupos de intereses específicos, se crearon nuevos espacios institucionales para los asuntos de la mujer, de los pueblos indígenas y de los jóvenes.

De otro lado, se comenzó a destinar recursos a acciones destinadas a aliviar la pobreza, canalizados a través de Mideplan/Fosis y mediante distintos mecanismos, como concursos y licitaciones, y convenios con instituciones.

Hubo dos cambios significativos para los trabajadores: el aumento del salario mínimo y reformas a la legislación laboral. Sin embargo, las últimas no tuvieron gran efecto sobre la situación de las mujeres, en razón de su posición en el mercado de trabajo.¹⁷

Aparte estos cambios institucionales, se avanzó en la implementación de los gobiernos regionales y locales, y todo se prepara para que las políticas sociales se canalicen más descentralizadamente. En suma, más recursos mediante la nueva ley tributaria para políticas sociales y un esfuerzo de cambios institucionales para que el gobierno esté cada día más cerca de la gente.

¿Qué ocurre, ahora, con las mujeres de los sectores populares rurales, y cómo se sitúan ellas frente a este Estado remozado y un sistema de gobierno democrático?

Por una parte, ronda la idea de que la producción autogestionada podría contribuir al mejoramiento de los ingresos femeninos. Tanto para el caso de las mujeres campesinas como de las urbanas, se plantea la microempresa y los proyectos productivos como la panacea del desarrollo. Esto de algún modo implica que las mujeres pobres se reprogramen en el mercado, y muchas veces se trata, además, de una reprogramación para el mercado externo.

Esta reprogramación no es ajena al tema del poder y el liderazgo femenino, aunque concierna a la generación de autoempleo. Un grupo de mujeres que monta un taller de producción o una microempresa, ya no se orienta, como lo hizo en otros momentos, a la adquisición de derechos ciudadanos. Más bien, en este caso, las mujeres deben aprender a manejar precios, costos de materias primas, gestión de la empresa, adecuarse a la división del trabajo y funciones ligadas a superar múltiples escollos para insertarse en el mercado.

Esta lógica, diferente a la de la década pasada, en que muchas mujeres lograron crear estrategias colectivas de corte subsistencial y a veces elaborar demandas ciudadanas y de género, obliga a las mismas mujeres a vivir en estado de reciclaje permanente en función de los nuevos paradigmas del desarrollo.

Por otra parte, las mujeres han debido transitar de una estrategia en que tenían por interlocutor a la parroquia, a veces una ONG, a otra estrategia en que deben cambiar de giro y adecuarse a las políticas sociales y sectoriales.

Así, entonces, el grupo de mujeres que no se reacomoda para conseguir una personalidad jurídica queda fuera de los concursos Fosis (ese trámite puede hacerlo en el Municipio y así constituirse en "organización funcional"); el grupo de mujeres que no tiene una ONG a mano no sabe cómo llenar los formularios para obtener recursos en función de alguna iniciativa. Por otra parte, un grupo de mujeres puede dirigirse a Indap para tener acceso a recursos de un programa de transferencia tecnológica del Ministerio de Agricultura, pero esa transferencia es realizada por una empresa que como tal no necesariamente contribuye a desarrollar programas eficaces. Si acaso se le ocurrió orientar la producción de su taller o microempresa a la exportación, deberá contactarse con Sercotec; si aún pesa el deseo de capacitarse en cursos de variada índole, deberá recurrir al Programa de Desarrollo de la Mujer, Prodemu; si esa mujer tiene un origen indígena, aparte todo esto deberá recurrir a la Comisión

¹⁷ Insertas mayoritariamente en los servicios domésticos, en un mercado donde las relaciones laborales se han flexibilizado enormemente, en empleos temporales, trabajo a domicilio, etc.

Especial de Pueblos Indígenas, CEPI, para lograr algún recurso étnico; si esa mujer es una dirigente temporera, deberá concurrir al Servicio Nacional de la Mujer, Sernam, para lograr montar alguna guardería de temporada. En este caso, deberá desplegar además unos esfuerzos inconmensurables para viabilizar la concertación de iniciativas y recursos con varios agentes: entre otros: Sernam, para que facilite la estrategia de concertación; el municipio donde vive; la empresa donde trabaja; sus pares mujeres; la escuela que debe ser prestada en tiempos de vacaciones para que los niños puedan colocarse en algún lado; la Dirección General de Deportes y Recreación, Digeder, para conseguir animación deportiva; deberá recurrir a la Junta Nacional de Jardines Infantiles, Junji; a la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, Junaeb, para la cuestión de las raciones alimenticias para los niños, etc., etc. ("*siglo de siglas*", le llamó alguien).

A estos problemas se suman a otros: que mientras las políticas sociales están dispersas en una infinidad de instituciones públicas y localizadas a veces en el municipio, las políticas dirigidas a los llamados sectores vulnerables --mujeres, indios y jóvenes-- a veces corresponden a los municipios y otras tantas veces, no. Por otra parte, las políticas sectoriales, que son tan o más importantes que las políticas sociales, siguen la lógica neoliberal, lo que conduce necesariamente a que lo que se hace con una mano (con las políticas sociales), se quita con otra.

Nuevamente voy a ejemplificar con el caso de las temporeras, que corresponde a un sector tan numeroso que sólo sigue al de las empleadas domésticas en dimensión dentro de las trabajadoras que reciben remuneración dentro del segmento popular.

Si bien en algunos casos las temporeras pueden tener acceso a apoyo del Sernam para activar guarderías en verano, no tienen acceso a representación dentro de los marcos de la remozada legislación laboral, puesto que son trabajadoras de temporada y la representación para los pliegos de peticiones y derechos de negociación está en manos de los trabajadores estables que, lógicamente, son hombres. Además, no existen medios para regular las jornadas de trabajo, que se extiende muchas veces a 12, 14 y 16 horas diarias; el sistema de trabajo a destajo propicia este mecanismo de extensión de la jornada de trabajo. En cuanto a las condiciones laborales y medio ambientales, son débiles los controles que se ejercen para regular el uso de productos tóxicos.

Indudablemente una reforma de la legislación laboral favorecería positivamente el desarrollo de liderazgo femenino y otorgaría mayor poder de negociación a las mujeres. En este sentido, el hecho de que el municipio tenga hoy día más prerrogativas que en el pasado no cambia en nada la situación de las asalariadas, ya que lo que la cambiaría son las reformas en la legislación laboral que no dependen del gobierno local.

A estas alturas, no queda más que preguntarse qué requieren las mujeres para viabilizar la mejora de las condiciones de vida y qué tipo de liderazgo desarrollar para conseguirlo.

La primera necesidad de una organización de mujeres o de una líder, es la información y nuevas destrezas y conocimientos para lograr acceso a los recursos estatales.

Sin embargo, y aun cuando estos elementos se dieran, existe un sinnúmero de obstáculos para que las mujeres obtengan mayores cuotas de poder y puedan desarrollar estrategias destinadas a mejorar las condiciones de vida, dadas las trabas que presenta el conjunto del aparato de Estado y las políticas públicas.

Por último, si bien los gobiernos locales permiten a las mujeres relacionarse cara a cara con la autoridad, la superposición de instituciones, la competencia entre las políticas y acciones de unas y otras, la angustia de las instituciones estatales por colocar presupuestos en el año fiscal, la sobreoferta relativa de recursos y agentes con oferta y sus efectos en el desmantelamiento de organizaciones preexistentes, son problemas que, sumados a las políticas sectoriales existentes, complejizan enormemente las formas de acceso de las mujeres rurales a los recursos existentes.

Si partimos de la base de que el poder y el desarrollo de liderazgo en las mujeres tiene un sentido, que en lo fundamental éste está dirigido a mejorar las condiciones de vida y a lograr una mejor posición de las mujeres en la sociedad, tal vez habría que pensar cambios en torno a problemas tales como la participación, las políticas sectoriales, la legislación laboral y la institucionalidad del aparato de Estado,

para crear un escenario institucional propicio al desarrollo del liderazgo femenino y un mayor acceso al poder de las mujeres campesinas.